Mandela, Johannesburgo y mi Austin Healey

Por **NICHOLAS ASHESHOV**

LLEGUÉ a Johannesburgo pocas semanas después que a Mandela lo enviaron a cumplir cadena perpetua en la isla Robbin. Para la mayoría de los dos millones de blancos en Sudáfrica y aun para muchos de los 11 millones de negros, esto era un alivio, una solución. Mandela era un extremista, un comunista, un alborotador.

Yo tenía un departamento de una habitación en Hillbrow, un barrio bohemio y alegre a unas doce cuadras del centro donde el Sunday Times de Johannesburgo tenía sus oficinas y donde encontré trabajo como reportero. Más adelante, me cambié a la también cercana oficina de la Associated Press de Johannesburgo.

Los sábados y domingos vivía la gran vida en los cafés y "pubs" de Hillbrow y jugaba tenis y nadaba en las piscinas de los ricos en los suburbios blancos al norte de la ciudad.

Mi contacto con gente negra era casi nulo. Cuando llegué, en un vuelo desde Lagos, estaba cuidando la casa de un amigo, un abogado que había contratado a unos pintores. Los pintores eran, por supuesto, negros. Me decían "B'ass", jefe. Eran muchachos simpáticos. Yo, recién llegado de Inglaterra e inclusive con tres años en el Perú y Brasil, les dije, "Me llamo Nick".

"Sí, B'ass".

Más adelante, en el alegre Hillbrow, que me cuentan es hoy blanco y negro y muy peligroso, una señora negra y gordita, Sophie, limpiaba mi departamento y los de otras personas en el edificio. Para entonces me había comprado un auto deportivo ruidoso, un Austin Healey de dos asientos al que le faltaba el techo. Si llovía, me mojaba. Le había ofrecido llevarla a Sophie de regreso a su casa en Soweto, el inmenso distrito negro, un Cono Norte. Esto no solo era gentileza británica. Yo necesitaba una excusa para ir hasta allá. Era igualmente prohibido a los blancos ir a una zona negra, como para los negros ir a una zona blanca, como era Hillbrow, sin un permiso.

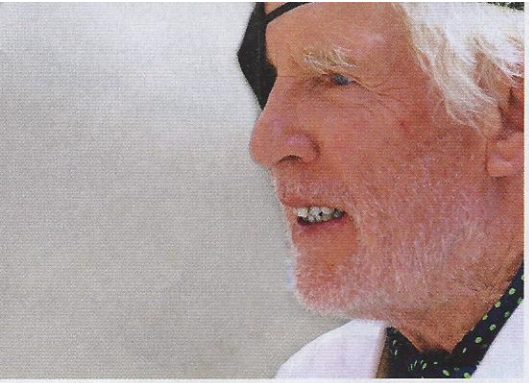
Finalmente logré que Sophie aceptara, aunque nunca había visto mi auto. El Healey, abollado pero reluciente, estaba estacionado en la calle. Estaba espantada. "¿Dónde voy a sentarme, jefe?" El Healey tenía un pequeñísimo asiento atrás en que cabría un gato y un maletín. Sophie era señorona. No se me había ocurrido, y por qué lo haría, que ella nunca querría sentarse junto a mí. En el asiento de pasajero, como la del piloto, el pasajero se sentaba a menos de 20 cm de la pista... Sophie no podía concebir sentarse en otro lugar que atrás. Odió cada minuto del viaje, especialmente cuando llegamos al deprimente, árido, Soweto (South West Township, el distrito sudoeste). Rechazó tajantemente permitirme llevarla hasta su casa, sus hijos, su esposo y vecinos.

En los parques, las bancas, una al lado de otra, tenían pintados letreros 'Nur Blanke' o 'Nur Schwarz'. Los ómnibus, trenes, restaurantes, todo completamente segregado.

El Sunday Times, como su par el Rand Daily Mail, era antiapartheid. Pero esto no significaba que estaban a favor de la democracia, o que los negros gobiernen el país. Cualquiera sea lo que deseaban, por supuesto nunca sucedió.

Mi amigo el abogado estuvo una vez defendiendo a un carpintero portugués que lo habían chapado en relaciones sexuales con una joven

FOTO: ORO / ESKINDER DEBEBE



negra, un delito. Barry, mi amigo, me pidió aparecer como un testigo presencial para indicarle al juez y al jurado que el carpintero en su Portugal natal no podría imaginar jamás que relaciones sexuales interraciales fueran ilegales. Creo que lo perdonaron, pero no gracias a mí.

Los japoneses que visitaban el país eran "blancos honorarios".

En un momento dado escribí un artículo titulado "El caso del colono bronceado", publicado a nivel mundial, sobre un inmigrante griego a quien las autoridades en el puerto de Durban le negaron entrada al país porque se había estado bronceando durante tres semanas en el viaje por barco a través del Mar Rojo, y ahora era demasiado moreno.

La posibilidad de violencia no venía solamente de parte de los negros. Poco después que lo enviaron a Mandela a la isla Robbin, mandaron a la horca a un profesor blanco apellidado Harris, por haber lanzado una bomba de protesta que mató a varias personas en la estación central de tren en Johannesburgo. El Sunday Times estaba firmemente a favor de la sentencia.

Alrededor del mismo tiempo, un rico agricultor sudafricano inglés le disparó a quemarropa al presidente Hendrik Verwoerd en una feria agrícola, pero el disparo no lo mató. Mi amigo Don Royle de la AP tomó la única fotografía del aparentemente muerto Verwoerd, tirado en el suelo. Verwoerd era ampliamente detestado fuera de la comunidad afrikáner. Su esposa tenía la tez morena y una hija era claramente de raza mixta, y a los periódicos no se les permitía publicar fotografías de ella.

Nelson Mandela estaba promoviendo una revolución armada, por lo tanto era un agitador comunista. Era negro, es verdad, pero la cosa era peor: estaba tratando de alterar el orden establecido en el que estábamos al filo de la navaja con los rusos y chinos rojos.

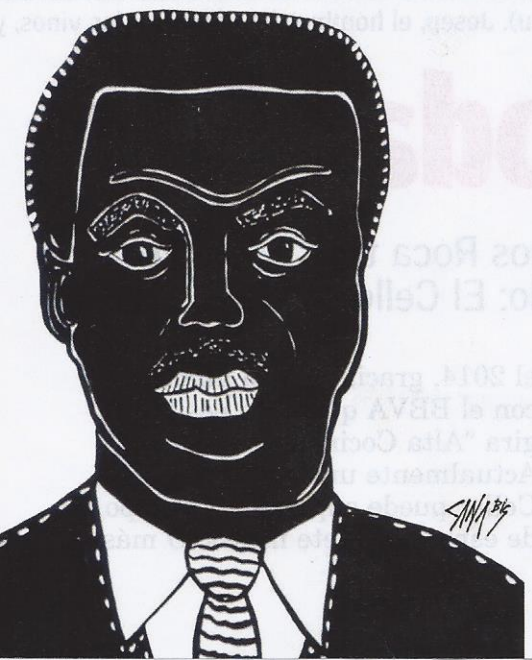
Eso sin mencionar a Fidel Castro. Vietnam estaba a la vuelta de la esquina. Estos eran, por supuesto, los años 1964-65, cuando Birmingham, Alabama y Martin Luther King eran el centro de la gran revolución de los sesenta, cuando no solo los negros sino también las mujeres y los gays comenzaban a emerger como personas normales. La época en que la juventud repentinamente salió a florecer por todo Europa y Estados Unidos.

"Había ofrecido llevar a Sophie de regreso a su casa en Soweto, el inmenso distrito negro, una suerte de Cono Norte".

Más adelante viajé en mi Healey a través del maravilloso paisaje ondulante agrícola del Transvaal y Suazilandia, lo británico y lo negro, hasta Lorenzo Marques, el vivaz puerto capital de Mozambique, igual como Angola, parte del imperio portugués bajo el dictador Salazar, quien como Franco era un buen y recto no-comunista.

En Lorenzo Marques conversé con antiimperialistas blancos de clase media. Todos ellos, también en Sudáfrica, se tildaban de Progresistas. En las noches me reunía con bóers sudafricanos blancos en los estimulantes bares del puerto donde jóvenes negras, al contrario de Sudáfrica, participaban alegremente del ambiente. Qué tal fiesta.

Regresando a velocidad por el Transvaal, me di una voltereta en el Healey y fui rescatado por la policía que me llevó al hospital cercano. Me desperté después de uno o dos días. Habia dos policías uniformados en la puerta de mi habitación. Habían encontrado "literatura" proindependencia, es decir, "comunista" en mi auto. Al regresar a Johannesburgo, recibí una orden de comparecer ante la oficina principal del SB, el temido Cuerpo Especial. Tuve mejor suerte que la mayoría. Me pusieron en libertad. Era evidente que yo no pertenecía a lo que Graham Greene famosamente llamó "la clase torturable". Pero una semana más tarde, aunque no me acuerdo cómo, recibía una advertencia, y partí en el confiable Healey a las 3 a.m. para el aeropuerto, tomando un vuelo chárter barato en un viejo cuatrimotor Constellation para Luanda y Mallorca, destino final Londres.

Al Associated Press no le causó ninguna gracia. El crear problemas con las autoridades en Pretoria no era parte de mi trabajo. Por suerte, conseguí un trabajo en Londres en el *Daily Sketch*, en Fleet Street, un tabloide conservador de propiedad de Lord Rothermere y su esposa "Bubbles". Era evidente que consideraban mi coqueteo con la revolución en Africa simplemente como una aventura de juventud.

Iban a pasar unas vergonzosas tres décadas, hasta después de la caída del muro de Berlín, antes que Mandela, el Libertador, como bien le ha llamado el presidente Obama, podía dar los primeros pasos hacia la decencia en lo que habia sido un territorio británico. ■